



Preparación para la confirmación

Catequesis # 3

“Nadie tiene más amor que aquel que da la vida por sus amigos” Juan 15, 13

Queridos jóvenes de Confirmación:

Nos pareció importante no dejar de tener este espacio de preparación al sacramento, por eso te propongo que leas el material, veas el video, respondas los interrogantes y especialmente que dejes que el Espíritu Santo te siga preparando para recibirlo dentro de unos meses con toda su efusión. Recuerda que ésta no es una tarea académica, sino una formación espiritual en este camino de crecimiento en la fe. Por tanto, disfrútate y gózate este material. Que Dios te bendiga.

Tema: La semana santa

Triduo pascual (JUEVES Y VIERNES SANTOS)

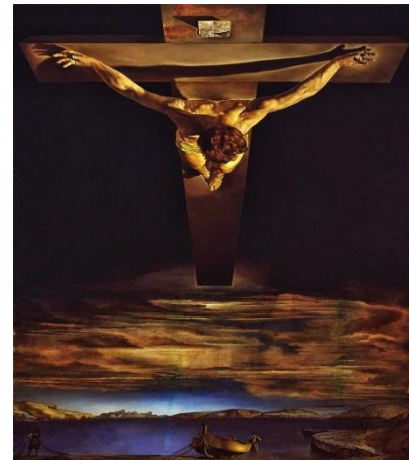
Actividad inicial:

Ver detenidamente el siguiente video llamado “EL PUENTE”

<https://youtu.be/sh4DEg47c00>

Responder las siguientes preguntas después de observar el video:

1. ¿Qué actitudes tenían las personas que iban dentro del tren?
2. ¿Qué harías en el lugar del padre del video “el puente”?
3. ¿De qué sirvió el sacrificio que hizo el padre, de este video?



Leer el siguiente texto bíblico:

Juan 3, 1-21 (Lee este texto bíblico directamente desde la Biblia y no lo hagas como leyendo una información pasada sino como un mensaje que te lo están enviando personalmente)

1. ¿Cuál frase te gustó del Evangelio que acabas de leer (Copiar en el cuaderno)?
2. ¿En qué situaciones de tu vida has sentido a Dios? Narra tu experiencia.

NO TE BAJES DE LA CRUZ

—Según el relato evangélico, los que pasaban ante Jesús crucificado se burlaban de él y, riéndose de su sufrimiento, le hacían dos sugerencias sarcásticas: Si eres Hijo de Dios, «sáltate a ti mismo» y «bájate de la cruz».



Ésa
es

exactamente nuestra reacción ante el sufrimiento: salvarnos a nosotros mismos, pensar sólo en nuestro bienestar y, por consiguiente, evitar la cruz, pasarnos la vida sorteando todo lo que nos puede hacer sufrir. ¿Será Dios así? ¿Alguien que sólo piensa en sí mismo y en su felicidad? Algo parecido ocurre en la actual situación de



La amenaza del covid 19, ya que la gente piensa en vaciar las tiendas pensando sólo en sus familias, olvidando la situación de los demás; esto no es otra cosa que egoísmo.

Jesús no responde a la provocación de los que se burlan de él. No pronuncia palabra alguna. No es el momento de dar explicaciones. Su respuesta es el silencio. Un silencio que es respeto a quienes lo desprecian, comprensión de su ceguera y, sobre todo, compasión y amor.

Jesús sólo rompe su silencio para dirigirse a Dios con un grito desgarrador: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» No le pide que lo salve bajándolo de la cruz. Sólo que no se oculte, ni lo abandone en este momento de muerte y sufrimiento extremo. Y Dios, su Padre, permanece, en silencio.

Sólo escuchando hasta el fondo ese silencio de Dios, descubrimos algo de su misterio. Dios no es un ser poderoso y triunfante, tranquilo y feliz, ajeno al sufrimiento humano, sino un Dios callado, impotente y humillado, que sufre con nosotros el dolor, la oscuridad y hasta la misma muerte.

Por eso, al contemplar al crucificado, nuestra reacción no es de burla o desprecio, sino de oración confiada y agradecida: «No te bajes de la cruz. No nos dejes solos en nuestra aflicción. ¿Para qué nos serviría un Dios que no conociera nuestra cruz? ¿Quién nos podría entender?

¿En quién podrían esperar los torturados de tantas cárceles secretas? ¿Dónde podrían poner su esperanza tantas mujeres humilladas y violentadas sin defensa alguna? ¿A qué se agarrarían los enfermos crónicos y los moribundos? ¿Quién podría ofrecer consuelo a las víctimas de tantas guerras, terrorismos, hambres y miserias? No. No te bajes de la cruz pues si no te sentimos «crucificado» junto a nosotros, nos veremos más «perdidos» l.

Actividad final:

En Pueblo Niebla vivía un viejito solito y solo. Hacía cestas de mimbre y zapatillas de cáñamo. Las regalaba a los vecinos y se ofendía si querían pagarle. Él se ganaba la vida como guardián de los huertos.

El viejo había venido de un lugar muy lejano y nunca hablaba de su vida. Nadie se animaba a preguntarle: — ¿Siempre fuiste tan feo? l. Porque el viejo andaba encorvado y cojeaba de una pierna. Era muy blanco el poco pelo que le quedaba. Una cicatriz la atravesaba la mejilla. Tenía la nariz torcida y cuando se reía abría una ventana, porque le faltaban los dientes de arriba.

Una noche de otoño, un niño llamado Cara sucia saltó la tapia de un huerto para robar manzanas. Y al escapar, resbaló y cayó sobre un matorral lleno de espinas. Gritó.

El viejo guardián no lo azotó con ortigas. Tampoco lo denunció ante su madre. Ni siquiera lo regañó. Meneó la cabeza, gruñó, le lavó los arañazos y lo acompañó hasta la puerta de su casa sin decir una palabra.



Pocos días después, Carasucia se perdió en el bosque. El techo de árboles apenas dejaba ver el cielo. Carasucia se enredaba en los ramajes y chapoteaba en el barro cuando vio una piedra brillante. La piedra brillaba, aunque estaba cubierta de musgo y de barro. Muerto de cansancio, Carasucia se sentó en la piedra. Pero apenas apoyó el trasero, pegó un salto y lanzó un grito de dolor. ¡Pobre Carasucia! La piedra quemaba como un carbón encendido.

Furioso, Carasucia la pateó. Cuando el zapato raspó la piedra, unas pequeñas letras aparecieron. La boca de Carasucia quedó como una O. Entonces restregó la piedra con una rama. La piedra ardiente daba cada vez más luz mientras Carasucia le iba quitando el barro y el musgo. Por fin, pudo leer estas palabras en la piedra desnuda:

Joven serás, si eres viejito, partiéndome en pedacitos.

Carasucia pensó: —Si parto la piedra, seré un bebé y no sabré caminar. ¿Y después? ¡Ah, no! ¡Tendré que empezar la escuela de nuevo! ¡Al primer curso otra vez! ‖. Y también pensó: — ¡Qué mala suerte! ¡Encuentro una piedra mágica y no me sirve para nada! ‖.

Entonces recordó al guardián del huerto, que había sido bueno con él y bueno con los demás. Y pensó: — ¡El viejo bailará como un trompo y saltará como una pulga y volará como un pájaro! ¡No volverá a toser! ¡Tendrá las piernas sanas y una cara sin tajos y una boca con todos los dientes! ‖ Con tan asombro descubrimiento, Carasucia había olvidado que era muy tarde. Sintió miedo. Para darse coraje, habló en voz alta. Al escuchar su propia voz, sintió menos miedo. Hablar en voz alta ayuda mucho cuando uno está perdido y solo y siente miedo. Carasucia dijo:

Tengo que volver. Pero después ¿Cómo encontraré la piedra? ¡Ya sé! Voy a dejar señales en el camino.

Se sacó la camisa y la desgarró en tiritas. Exploró un camino de salida y fue dejando una tirita de tela colgada de los árboles. Caminaba a los tropezones y muy lentamente, porque el bosque que estaba bastante oscuro y enemigo. Le temblaban las rodillas y él decía, en voz alta:

Fuera, miedo.

Y como las piernas le seguían temblando. Gritaba:

¡Fuera, miedo! ¡Fuera de aquí!

Entonces las piernas le seguían temblando, pero solamente por el frío.

Cuando Carasucia consiguió salir del bosque, ya había caído la noche. La Luna le iluminó los pasos hasta su casa.

A la mañana siguiente, Carasucia bajó a los huertos y le contó al viejo lo de la piedra. Él lo escuchó con una respiración dificultosa. Luego le acarició la cabeza, bebió un chorro de vino de la bota de cuero y aceptó acompañarlo hasta los pantanos del bosque. Siguiendo la ruta de las tiras de trapo, llegaron hasta la piedra.

El viejo miraba la piedra mágica, con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados. La piedra brillaba como un desafío. ¡Vamos, rómpela! – dijo Carasucia, tironeándole la ropa. Pero el viejo no se movía. En cambio, se apoyó contra el tronco de un árbol y sacó tabaco de una bolsita. Muy de a poquito iba cargando su pipa, como si fuera un trabajo de siglos.

¿Quieres que vaya a buscar un martillo para romper la piedra? – se ofreció Carasucia. - No – dijo el viejo-.
¡No quiero!

Pero... ¿No vas a romperla?



El
viejo

arrimó una ramita seca contrala piedra candente. Cuando se prendió, encendió con ella su pipa.

Pero... pero... - Carasucia sintió que las lágrimas le saltaban a los ojos. Estaba furioso y gritó. - ¿Para eso me quemé? ¿Para eso pasé tanto frío y tanto miedo? El viejo echó una bocanada de humo.

Ven –dijo.

Y apoyó una mano sobre el hombro de Carasucia.

Yo sé lo que piensas – dijo- y quiero explicarte. Soy viejo, aunque bastante menos de lo que crees, y soy cojo y estoy desfigurado. Yo sé. Pero no me creas tonto, Carasucia. Tonto no soy.

Y por primera vez en tanto años, el viejo contó su historia.

Estos dientes no se cayeron solos. Me los arrancaron a golpes. Esta cicatriz que me corta la cara, no viene de un accidente. Los pulmones... la pierna... Rompí esta pierna cuando me escapé de la cárcel. Hay otras marcas que no puedes ver. Marcas que tengo en el cuerpo y no solamente en el cuerpo y que nadie puede ver.

Los resplandores de la piedra candente iluminaban los pómulos del viejo y le ponían chispas en los ojos.

Si parto la piedra, estas marcas se borrarán.

Pero estas marcas son mis documentos de identidad ¿comprendes? Me miro al espejo y digo: —Ese soy yo, y no siento lástima de mí. Yo luché por mucho tiempo. La lucha por la libertad en una lucha de nunca acabar. Ahora hay otros que luchan, allá lejos, como yo he luchado. Mi tierra y mis gentes no son libres todavía. ¿Comprendes? Yo no quiero olvidar. No parto la piedra porque sería una traición.

A través del bosque, caminaron de regreso a Pueblo Niebla. Iban tomados de la mano. Y el niño sentía que la mano del viejo era muy calientita.

Eduardo Galeano.

¿Cómo relacionarías este cuento con el video del puente y palabras del Evangelio?

Oración final (este es el salmo que hizo Jesús clavado en la Cruz)

Salmo 21

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?;
a pesar de mis gritos, mi oración no te alcanza.

Dios mío, de día te grito, y no respondes;
de noche, y no me haces caso;
aunque tú habitas en el santuario,
esperanza de Israel.



En ti

confiaban nuestros padres;
confiaban, y los ponías a salvo;
a ti gritaban, y quedaban libres,
en ti confiaban, y no los defraudaste.

Pero yo soy un gusano, no un hombre,
vergüenza de la gente, desprecio del pueblo;
al verme se burlan de mí,
hacen visajes, menean la cabeza:
«Acudió al Señor, que lo ponga a salvo;
que lo libre si tanto lo quiere.»

Tú eres quien me sacó del vientre,
me tenías confiado en los pechos de mi madre;
desde el seno pasé a tus manos,
desde el vientre materno tú eres mi Dios.
No te quedes lejos, que el peligro está cerca
y nadie me socorre.

Me acorrala un tropel de novillos,
me cercan toros de Basán;
abren contra mí las fauces
leones que descuartizan y rugen.

Estoy como agua derramada,
tengo los huesos descoyuntados;
mi corazón, como cera,
se derrite en mis entrañas;

mi garganta está seca como una teja,
la lengua se me pega al paladar;
me aprietas contra el polvo de la muerte.

Me acorrala una jauría de mastines,
me cerca una banda de malhechores;
me taladran las manos y los pies,
puedo contar mis huesos.

Ellos me miran triunfantes,
se reparten mi ropa,
echan a suerte mi túnica.



COLEGIO ANA MARIA JANER

Educación Preescolar, Básica, Secundaria y Media
DANE 305088001848 NIT 890.982.126-1

Pero tú, Señor, no te quedes lejos;
fuerza mía, ven corriendo a ayudarme.

Líbrame a mí de la espada,
y a mi única vida, de la garra del mastín;
sálvame de las fauces del león;
a este pobre, de los cuernos del búfalo.

Contaré tu fama a mis hermanos,
en medio de la asamblea te alabaré.